

Investigar en arquitectura: tres mitos y un modelo

JEREMY TILL

Traducción de Josep Muntañola
Publicado en inglés en *Building Materials*
(Dublín), 17, pp. 4-10

Existe, todavía, de manera sorprendente, un debate sobre qué es investigar en arquitectura. Al menos aquí, en el Reino Unido, no debería existir confusión alguna al respecto, ya que la Asociación de Arquitectos (RIBA) establece en su carta fundacional que la razón de ser de su institución es:

“Lograr que la arquitectura se desarrolle y promocionar la adquisición del conocimiento propio de las diversas ciencias y artes que la conciernen.”

De manera muy significativa, nuestra carta fundacional señala que el desarrollo de la arquitectura está conectado, de forma inextricable, con la adquisición de conocimiento. Cuando confrontamos esta afirmación con la definición de la investigación que hace el departamento estatal correspondiente (RAE): “Investigar debe entenderse como una indagación original con la finalidad de obtener conocimiento y comprensión”, se podría deducir que investigar debería ser el centro de las actividades de las asociaciones de arquitectos (RIBA). Por todo ello, este artículo acepta, de entrada, que la arquitectura es una forma de conocimiento que puede y debe desarrollarse a través de la investigación, y que la buena investigación debe distinguirse por ser una investigación original, significativa y rigurosa.

Para sostener este punto de vista, es necesario, ante todo, abandonar tres mitos que perviven hoy en día en las investigaciones sobre arquitectura y que son responsables de su considerable retraso.

Mito número 1: arquitectura no es nada más que arquitectura

Este primer mito consiste en defender que la arquitectura es una disciplina y una forma de conocimiento tan específica que las definiciones normales de lo que es investigar no pue-

den aplicarse en este caso. "Nosotros somos tan diferentes de vosotros" —parece significar— que "sois incapaces de entender como trabajamos". Este mito se ha utilizado muchas veces como excusa para frenar la investigación y, complementariamente, para avalar la existencia de unas inespecíficas pero supuestamente poderosas fuerzas de creatividad y de autoridad profesional. Por un lado, este mito recurre a la musa del genio, a través de la cual los gestos impulsivos del arquitecto como individuo genial parecen superar el desarrollo inhóspito de la investigación y servir así de elemento catalizador de la producción de arquitectura. El problema es que estos impulsos están alejados, por definición, de cualquier explicación, por lo que la producción de arquitectura permanece bajo la sombra del mito sin poder sujetarse a ningún análisis. La arquitectura se limita a ser una suerte de juego de magia (güija), en que los arquitectos, actuando como genios heroicos, son los portadores de las antorchas que iluminan los caminos tormentosos hacia la construcción de los edificios. Por otro lado, la arquitectura se convierte así en una disciplina autónoma, situada fuera del alcance de influencias externas, incluyendo las normativas y los métodos propios de la investigación. Ello supone la separación entre la arquitectura y las demás disciplinas, con sus propios criterios de rigor. Los argumentos son siempre autorreferenciales, bien sea sobre tipos, o sobre criterios estéticos o técnicos, y se desarrollan más allá de la influencia de estándares compartidos. Así, la investigación de estos argumentos se lleva a cabo en términos estrictamente arquitectónicos.

El mito de que la arquitectura no es nada más que arquitectura, fundamentado en las nociones gemelas de genialidad y autonomía, conduce finalmente a la marginalización de la arquitectura. La base de conocimiento se desarrolla solamente mediante sortilegios y, de esta manera, la arquitectura se convierte aceleradamente en irrelevante y, en último término, en irresponsable.

Mito número 2: la arquitectura no es arquitectura

Este segundo mito trabaja en el sentido contrario al anterior y sostiene que, para establecerse como epistemología creíble y "fuerte", la arquitectura debe acogerse a otras disciplinas con más autoridad. La arquitectura se encaja entre las artes y las ciencias en un lugar muy ajustado, construido a base de segmentos en los que mandan disciplinas diversas. Por ejemplo, en 1960, la Conferencia de Oxford se centró en la investigación científica como medio para incluir la arquitectura dentro de la academia y, más recientemente, las teorías de la arquitectura se han introducido en los discursos postestructuralistas, en un intento por legitimarse a expensas de dichos discursos. En ambos casos, y en muchos otros similares, la arquitectura se somete a paradigmas y metodologías ajenos, olvidándose de lo que debería ser. Este segundo mito de que la arquitectura no es arquitectura, al describir la complejidad de la arquitectura, la define como algo que puede no ser. Es un mito estimulado por los mecanismos de financiación de la investigación, que, desde áreas estableci-

das y recurriendo a paradigmas particulares, simplemente no encajan con la propia naturaleza de la arquitectura.

Mito número 3: construir un edificio es investigar

El tercer mito pretende que construir un edificio es, en sí mismo, una investigación. Es un mito que permite a los arquitectos y a los profesores de arquitectura escapar de las normas de una buena investigación (y también quejarse cuando estas normas se aplican a criticar edificios que pretenden ser investigaciones en sí mismos). Los argumentos que sustentan este mito son, aproximadamente, los siguientes:

- 1- El conocimiento arquitectónico reside, en último término, en el edificio.
- 2- Cada edificio es único y original.
- 3- La producción de un edificio es, pues, la producción de conocimiento original.
- 4- En definitiva, construir un edificio es investigar.

Esta argumentación es suficiente para que generaciones enteras de diseñadores y arquitectos se sientan seguros diciendo que el mero acto de hacer algo es suficiente en términos de investigación y, asimismo, argumenten que la evidencia está ante nuestros ojos solamente si somos capaces de mirar. Sin embargo, es también un argumento que elimina todos los beneficios de la investigación, por lo que vale la pena puntualizarlo estrictamente.

1- Un conocimiento arquitectónico puede fundamentarse, hasta cierto punto, en el edificio, pero también reside fuera de él: en el proceso que lo ha causado, en las representaciones del edificio, en las teorías subyacentes a él, en su uso, en las interpretaciones del mismo, etc. La arquitectura excede del edificio como objeto análogamente a como la pintura excede del cuadro pintado. Investigar la arquitectura de los edificios es, pues, también investigar esta expansión del objeto de estudio.

2- Un "buen" edificio no es necesariamente una buena investigación, y una buena investigación puede orientar un edificio "malo". Con mucha frecuencia, la arquitectura se define como "buena" porque responde a criterios y a cánones de gusto, de tipo o de tectónica. Pero esta "bondad" (o pretendida calidad) del edificio no constituye necesariamente una investigación de calidad, en el sentido de que no es ni original ni significativa. Un "buen" edificio, lejos de empujarnos a nuevos conocimientos y nuevas formas de entendimiento, a menudo ratifica meramente el *statu quo* existente. Edificios que se describen según los criterios ya establecidos como "malos" pueden ser la base de una buena investigación; por ejemplo, las tecnologías y los procedimientos de construcción de los centros de distribución de la alimentación responden a investigaciones correctas, pero los edificios resultantes pue-

den estar muy alejados de las normas que fijan la calidad estética o la tectónica que se considera de calidad en cada momento. Por supuesto, los edificios “buenos” son los que determinan la cultura arquitectónica del *statu quo* dominante, por lo que las investigaciones realizadas con edificios “malos” raramente la afectan.

3- Si tenemos en cuenta la definición de Bruce Archer de qué es investigar (es decir, una indagación sistemática que tiene por objetivo comunicar conocimiento), en este caso el edificio, en tanto que edificio, suspende el test. Los arquitectos han de ser consistentes, pero no son necesariamente sistemáticos. Han de tomar decisiones y seleccionar acciones, pero normalmente no a través de evaluaciones sistemáticas. Y, lo que es más importante: aunque los arquitectos piensen que existe un conocimiento en el edificio que es fácilmente aprehensible por los críticos, usuarios, etc., raramente este conocimiento es explícito y comunicable, por lo que tampoco cumple la segunda condición de la definición de Archer.

Diseñar un edificio no es, por tanto, necesariamente investigar. El edificio, en tanto que edificio, reduce la arquitectura a contener objetos mudos. En sí mismos, los edificios no pueden ser la única materia a investigar. Para que la investigación se desarrolle, hemos de añadir al material de investigación los procesos que conducen a los objetos y hemos de interrogar la vida de los objetos una vez estén contruidos.

Hacer hablar a la arquitectura

Contrariamente a estos tres mitos, hemos de entender que la arquitectura tiene su forma particular de conocimiento básico y sus propios procedimientos de explicitarlo. Estas particularidades no implican que debemos evitar las expectativas normales de cualquier investigación, pero sí nos exigen definir claramente el contexto, la amplitud y los modos de indagar apropiados a la arquitectura, aceptando simultáneamente las definiciones genéricas de rigor y de significación.

La situación normal de la arquitectura, alineada entre las ciencias y las artes, con las ciencias sociales en cierta medida a medio camino, da como resultado una variedad de metodologías, según nos vayamos situando en distintos puntos de esta línea. De esta manera, es fácil olvidarse del diseño, que es claramente una figura esencial en este espectro de posibilidades; el diseño no puede categorizarse fácilmente como un punto más en aquella línea, con más o menos medida cuantitativa o cualitativa. Tiene que considerarse como una síntesis entre diferentes aproximaciones intelectuales. Christopher Frayling describe mejor lo que es la investigación en arquitectura con su conocida tríada de “en”, “para” y “a través”. Frayling tiene por objetivo definir las relaciones entre diseñar e investigar. En este modelo, “en” considera la arquitectura como objeto de estudio, como es el caso de la historia de la arquitectura, o cuando se estudian los comportamientos de los edificios contruidos. La

investigación “para” se refiere a los usos potenciales, en el futuro, de materiales, tipologías o tecnologías. La investigación “a través” usa el diseño y su producción como parte de la metodología en sí misma.

La investigación en arquitectura puede distribuirse en dos contextos básicos de producción: el académico y el práctico. La investigación “en” es tradicionalmente la investigación en un contexto académico y la investigación “a través de”, en un contexto práctico, mientras que la investigación “para” se halla, en cierto modo, a medio camino. La primera tiene metodologías más evidentes pero también es, quizás, la más hermética; la segunda es la menos definida y muchas veces tácita aunque, a la vez, es un aspecto clave y claramente definitorio de la investigación arquitectónica. Es ésta la que exige mucha más atención.

Es vital evitar que ninguno de los dos contextos se defina como superior al otro, y también que ni uno ni otro intenten minimizar el contexto contrario por irrelevante (“estáis lejos de la realidad”, dice el profesional práctico; “estáis enfangados en un mercado manipulador”, dice el académico). Es innecesaria esta antipatía mutua porque, al fin y al cabo, esta intolerancia mutua devalúa el resultado de la investigación y, además, la carta fundacional de la institución de los arquitectos (RIBA) no se cumple.

La clave para superar esta ruptura subyace en la necesaria comunicación. Muy a menudo, ni la academia ni la profesión cumplen con las condiciones de una buena investigación: la academia, porque, por sus procesos de autoproducción, acaba mirándose a sí misma; la práctica, por la falta de procesos rigurosos de análisis y de diseminación. Aunque la investigación académica se ha sometido a intensos procesos de evaluación, estos tienden más a proteger las propias estructuras académicas que a producir beneficios para la práctica y para el público en general. En el contexto de la práctica, es cierto que existen, en el Reino Unido, procesos de diseño basados en una investigación de calidad, con productos que se usan en otros países. Gran parte de la investigación está basada, pues, en la práctica. Sin embargo, en muchos casos, esta investigación permanece tácita, por motivos comerciales, y no se comparte con el público en general ni se explica correctamente. En los casos más pioneros, la preservación de la propiedad intelectual prohíbe la difusión de la investigación. La investigación existe, pero en silencio. De nuevo, el conocimiento se produce, pero de forma misteriosa, y ello afecta su sostenibilidad a largo plazo y la profesión se ve amenazada. Para evitarlo, hay que hacer hablar a la arquitectura.

Ello plantea cómo mejorar la comunicación de la investigación tácita que se lleva a cabo en el contexto de la práctica, pero sin atentar a los derechos de la propiedad intelectual de los individuos que la producen. Esto se puede conseguir de dos maneras. En primer lugar, hay una nueva forma de trabajar en el campo de la academia, consistente en relacionar ambos contextos, llevando a cabo una “arqueología” de los procesos de producción arquitectónica,

de forma no agresiva pero crítica. De manera crítica quiere decir aquí no necesariamente negativa, pero sí comparativa y reflexiva. Excavando en el presente se puede influir en el futuro. La práctica tiene datos empíricos en los que se basa el conocimiento de la arquitectura; la academia puede transmitir este potencial a través de la investigación. El foco de atención no deben ser tanto los productos de la práctica en sí, o sea los edificios, sino más bien los procesos. Desviando la atención del objeto a una comparación arqueológica, nos alejamos del problema de la propiedad intelectual. En segundo lugar, la investigación debe salir de su compartimentación en sectores académicos aislados e ir hacia un tipo de investigación en arquitectura más integrada, compartida por académicos y profesionales. Un informe de CABE argumenta, de forma muy convincente, que es necesaria mucha más investigación interdisciplinaria, entre departamentos, consiguiendo financiación estratégica y gubernamental a través de comités interdisciplinarios de evaluación que reflejen las necesidades reales en el medio construido. En tercer lugar, hay que hacer llegar dinero a la práctica de la investigación para permitir realizar y comunicar investigaciones básicas de primer nivel. El ejemplo del Departamento de Educación y Ciencia del Reino Unido para el programa de escuelas ejemplares es un ejemplo único en esta búsqueda para conseguir investigar a través del diseño con incidencia/repercusión en una buena práctica.

Un nuevo modelo para investigar en arquitectura

Como hemos visto, la alineación de la arquitectura con diversas áreas del conocimiento no resuelve la necesidad del conocimiento arquitectónico y de su práctica de integrar a través de barreras epistemológicas. Los edificios como productos físicos funcionan a diferentes niveles epistemológicos, todos ellos interconectados —son entidades estructurales que actúan como modificadores medioambientales, que funcionan simultáneamente en las esferas social, cultural y económica. Cada una de estas esferas puede analizarse separadamente, pero la forma construida en sí misma las unifica y las hace trabajar a la vez, de tal manera que las hace interactuar. La investigación en arquitectura debe ser consciente de estas interacciones que existen entre campos intelectuales tradicionalmente aislados unos de otros.

Para clarificar, estas interacciones se pueden clasificar en tres ámbitos.

- Procesos arquitectónicos (de producción)
- Productos arquitectónicos
- Comportamientos de la arquitectura (de productos acabados)

El primer ámbito de investigación incluye los procesos de diseño y de construcción, y puede analizar, pues, procesos de representación, teorías de diseño, modelización del medio ambiente etc. El segundo ámbito se refiere a productos completos y puede referirse a

dimensiones estéticas, materiales y de construcción. El tercer ámbito se refiere al estudio de los productos construidos y puede incluir la evaluación social, la asimilación cultural, el análisis tecnológico, etc. La ventaja de esta división es que permite la relación arte-ciencia en cualquier ámbito e impulsa la investigación interdisciplinaria. Se rompe así el control de los métodos y se posibilita la génesis de análisis temáticos. Son investigaciones posibles para el científico, para el historiador, para el académico y para el profesional, que pueden investigar en los tres ámbitos.

Mucho más importante es todavía el hecho de que esta división es temporal y no está compuesta de fragmentos estáticos. Además, de un ámbito al otro, cabe la posibilidad de una relación cíclica, a través de la cual un ámbito alimenta el siguiente. Así, para que la investigación sea efectiva, hay que alimentar este ciclo. Por ejemplo:

- Hay que investigar de qué modo el comportamiento del uso repercute en los procesos de diseño.
- Hay que investigar de qué modo el análisis de los productos repercute en los procesos de diseño.
- Hay que investigar de qué modo los comportamientos de los edificios están influenciados por los procesos de diseño.

Existe, pues, un proceso dinámico entre los tres ámbitos, pero éste solamente funcionará si la academia y la práctica colaboran, para sintetizar datos y análisis. Y esto sólo es posible si los tres mitos descritos desaparecen y se acepta que la arquitectura puede y debe ser una disciplina, en su propio derecho, que, por una parte, acepte los criterios de qué es investigar y, por otra parte, los adapte a los temas que le son cercanos. Existe una cierta urgencia por conseguirlo, puesto que, cuanto más tiempo permanezca la arquitectura en los márgenes del debate de lo que es investigar en arquitectura, más tiempo estará ausente del desarrollo central del conocimiento. El estado actual de la arquitectura, como estético guante de seda envolviendo el puño de acero del instrumental capitalista que produce el medio ambiente construido, es ya quizás una prueba de la existencia de esta situación marginal y periférica en que nos movemos. Establecer una disciplina basada en un conocimiento fruto de la investigación, de la manera descrita en estas páginas, podría ser una forma de obtener un poco más de sitio, en el centro, para la arquitectura.